



CAPÍTULO oriental 1

la historia de la literatura uruguaya

DE LOS ORÍGENES
AL NOVECIENTOS



CAPÍTULO oriental

la historia de la
literatura uruguaya

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, recortando las tapas por la línea punteada, podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental"

Introducción

1. De los orígenes al Novecientos



DE LOS ORIGENES AL NOVECIENTOS

Introducción 1

La literatura de nuestro país empezó siendo una "literatura en el Uruguay"; paso a paso, a golpes de invención, a "garra", a iluminaciones esporádicas, a tomas de conciencia en ocasiones geniales, esa literatura "en el Uruguay" pasó a ser "literatura uruguaya". Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que ni todas sus obras ni todos sus autores hayan de ser entendidos como "portavoces" de una "sociedad uruguaya" supuestamente homogénea.

La obra literaria expresa y revela, por intermedio del autor, a la comunidad que él lleva a cuevas y adentro hasta el último escondrijo de su ser. Claro que no lo hace de inmediato ni directamente, pues mil estrategias hay para tratar de borrar esa huella (¿qué otra cosa es el "exotismo" y el afán de "evasión" de ciertos períodos de nuestra literatura?). Claro también que otras realidades que la del suelo histórico-social en que el autor se mueve hablan a través de su obra. Una tradición literaria de alcance universal, por ejemplo. O las "ondas", las escuelas, las modas de origen también lejano a cuyo impacto estuvimos expuestos desde nuestros primeros balbuceos intelectuales. El "efecto de demostración", como los economistas lo llaman, nos bombardeó desde los tiempos coloniales y no sólo fue el consumo del producto material extranjero el suscitado, también el arte, como es lógico, se nutrió de sus tentaciones, y asimiló o imitó cuanto llegaba de afuera.

Además, las reales o presuntas "leyes" de la novela, el drama, la lírica, pueden estar pesando coercitivamente, como normas del "género", sobre la pluma del escritor y haciéndose oír por su intermedio. Lo que puede también suceder con el "estilo", en el alcance grande del término, en una lista que para el caso uruguayo es algo más corta que para otras literaturas latinoamericanas y en la que pseudoclasicismo y rococó, romanticismo y realismo, modernismo, simbolismo, decadentismo, naturalismo y los infinitos "ismos" posteriores, se suceden con relativa puntualidad. Con la puntualidad con que en el "mundo marginal" asimismo, con determinadas características en se siguieron los dictados de Europa, aunque, su modo peculiar de aplicarse, que no sería difícil dignificar hasta la categoría de "leyes" (muy modestas leyes). Y que nos irían descubriendo, de paso, algunos rasgos del carácter uruguayo que nuestra literatura no ha podido menos que reflejar.

¿UN "CARACTER URUGUAYO"?

Todos los estilos y escuelas recién enumerados incidieron entre nosotros con un impacto no muy diferente del que produjeron en las otras comunidades de América Latina.

Un componente primario de nuestra literatura fue y es eco y reflejo. Un estilo y una escuela no implican solamente un procedimiento de creación sino, sobre todo, un cierto modo de ver y aun un repertorio de temas con el que este ver, inevitablemente, se encuentra. Las cuestiones, hoy tan caudalosamente planteadas, del "desarraigo", la "alienación", la "ajenidad", las anteojeras ideológicas, se inscriben y fijan un rasgo nacional.

Esos estilos actuaron con retardo respecto a su acción viva en el mundo noratlántico, lo que subraya igualmente en forma muy simple la situación de marginalidad que respecto a otras naciones del continente compartimos desde entonces. Retraso doble, en la vigencia de ciertas corrientes que sobrevivían acá mientras agonizaban en Europa y retraso en el ingreso y actuación de las nuevas. Los ejemplos abundan pero hay uno que es especialmente expresivo: el tránsito del romanticismo al modernismo. Entre 1883 y 1888 se conoció el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín pero 1888 es también el año de *Azul*, de un modernismo plenamente formalizado que es a su vez eco, en buena parte, del triunfal imperio del simbolismo francés. Y todavía, como si esto fuera poco, en 1898, nuestro modernista mayor, Julio Herrera y Reissig, escribe su *Salve, España* y su *Canto a Lamartine*, dentro de los más vetustos cánones de una escuela ya agotada. Pues sería recién entrado el nuevo siglo, en una apurada década, que el poeta —y el país— se pusieron al día (un "día", de nuevo, ya crepuscular...).

Todos esos estilos y esas corrientes operaron entre nosotros según una previa y casi infalible operación de limado de aristas, al servicio de la conciliación y el compromiso entre las partes. En nuestra literatura, como en nuestra historia política, parece haber sido inevitable la inclinación por los arreglos y la dilución de todo concentrado medianamente agresivo. Es bueno advertir que este rasgo persiste hasta nuestros días y hace que tanto nuestras letras como nuestra sociedad entera sean un verdadero de-



Mapa de la ciudad de Montevideo (1736)

sierto de estridencias auténticas, aunque no de estridencias medidas. Lautreamont se fue de niño. ¿Roberto de las Carreras constituye una excepción a la regla? Podría discutirse. Ni académicos rigurosos, a lo Calixto Oyuela, ni "bas romantisme", ni decadentistas de largo aliento, ni surrealistas o dadaístas persistentes formaron en nuestro lote. Una común medida, una común timidez, aventuras bien administradas: la prudencia ha dado el tono desde el principio de la carrera. Y aún hoy, el país famoso por sus precocidades legislativas y sociales debe ser el que menos se arroja a experimentar las audacias de las letras de nuestro tiempo o, al menos, el que las maneja con más firme cautela.

¿Receptividad, entonces, y aun mimetismo, pero con cierto paso tardón en el impulso y el reflejo, y horror a la exclusión y ganas de conciliarlo y coleccionarlo todo en "el mejor de los mundos posibles"? Rodó y Vaz Ferreira fueron los maestros uruguayos por excelencia. Nacidos a la historia con la "Ilustración" europea, parecemos haber guardado de ella su inalterable inclinación por no salirse del quicio racional y un correlativo espanto por todos los demonios que lo rondan. Y si agregamos a eso cierta preferida llaneza, algo de aquella espartana simplicidad que en 1815 el padre Larrañaga admirara en el campamento de Artigas y que siguió siendo por mucho tiempo un trazo general de nuestro "estilo" colectivo como noción y aún de todo el aparato del Estado? Cierta democratismo, en suma, entendido en el sentido social, calando mucho más abajo del mero repertorio de formas e instituciones; cierto igualitarismo por lo menos de tono, si no de bolsas, que sólo los últimos decenios han borrado, y no del todo, pues aún queda ese resto que es la hipocresía igualitaria, el homenaje que el vicio plutocrático rinde a la virtud de lo que fuimos, de lo que quisimos ser.

UNA LITERATURA RIOPLATENSE

Si dos naciones ocuparon desde 1830 las dos orillas del "río como mar", los vínculos que anudaban sus dos sociedades, y, sobre todo, la acción de los dos bandos político-ideológicos que trazaban sus líneas sin mirar mucho las fronteras, decidieron que la división fuera mucho menos nítida. En realidad, hasta el tercer tercio del siglo XIX puede hablarse con más propiedad de una literatura rioplatense que de una argentina o uruguaya y, aún después, innumerables pases entre las márgenes siguieron sustentando la realidad de una literatura común.

Al principio fue la subordinación administrativa de nuestra Banda Oriental a las autoridades de Buenos Aires, o las posibilidades que los primeros periódicos porteños abrieron a nuestros ingenios inéditos. También produjeron su efecto, y persistente, la educación y los vínculos que crea. Una parte considerable de nuestros letrados civiles y eclesiásticos se formó en el Colegio Carolino de Buenos Aires, y la restante, con los jesuitas de Córdoba. Más tarde fue el cálido impulso de solidaridad y de defensa promovido por las invasiones inglesas, que impulsaron a nuestros primeros poetas, y a los de Buenos Aires, a dar un auténtico testimonio de lo que tal vez fue el último reflejo comunitario de un Imperio que se desharía tan poco tiempo después. José Prego de Oliver (1750-1814), nuestro primer poeta, representa admirablemente este momento y aquella trabazón; también lo hace el tronante drama *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada*, del padre Juan Francisco Martínez, pocos años más tarde capellán del glorioso regimiento N° 9, de Manuel Vicente Pagola, el de las guerras de la independencia argentina. En 1813 Larrañaga fue a Buenos Aires como diputado de la Provincia Oriental y, rechazados sus poderes, allí se quedó, como subdirector de su Biblioteca

Nacional. Bartolomé Hidalgo, tras la derrota de la Patria Vieja se instaló en la capital porteña y consiguió cuajar sus "diálogos", que son el punto de partida de la gauchesca lírica y dramática. Y Eusebio Valdenegro, uno de nuestros primeros poetas, se enredó tanto en las luchas políticas porteñas que obtuvo el honor del destierro a los Estados Unidos por parte de Pueyrredón.

Entre 1830 y 1850, la lucha de federales y unitarios provocó múltiples desplazamientos humanos entre las dos orillas y, por lo que a la literatura atañe, el entronizamiento de Rosas en Buenos Aires puso en las emigraciones la flecha de las costas uruguayas y el ambiente muy acogedor de Montevideo. Es en ese período, sobre todo, que el destino de la literatura argentina se juega fundamentalmente entre nuestra capital y Chile, donde también irá un grueso núcleo de exilados. Primero llegaron los "hombres de Rivadavia" (el mismo gobernante fue estanciero en Soriano) y los "hombres de Lavalle": los efectos mediatos de la barrabasada de Navarro se hicieron sentir fuerte en el país.

En la promoción de los unitarios, Juan Cruz Varela ya había sido el poeta áulico de Rivadavia cuando se asiló en este Uruguay en que moriría en 1839. Su hermano Florencio, por lo contrario, se levantó el pedestal montevidiano del "Comercio del Plata" y pesó con autoridad en todos los niveles. José Rivera Indarte, de vuelta de su rosismo, cumpliría aquí lo sustancial de su obra de periodista y panfletario. Hilario Ascasubi, especialmente, que vivió en el país casi todo el período a que me refiero (1832-1851), se encontró a sí mismo como el guerrillero de la copla que, en lo sustancial, seguiría siendo siempre.

Pero fue más que otras la "generación de El Iniciador", de 1838, el quincenario fundado en Montevideo por Andrés Bamas y Miguel Cané, la que asumió a la distancia la representación más expresiva de "los proscritos" en su asentamiento oriental. Algunos murieron entre nosotros, como es el caso de Esteban Echeverría, su teórico mayor; otros no permanecieron mucho tiempo dentro del perímetro de nuestra capital, antes o durante el "Sitio Grande", como es el caso de José Mármol, Juan María Gutiérrez y también de Juan Bautista Alberdi, no todavía en la magnitud con que hoy lo vemos en la segunda mitad de su vida, pero que era ya el pensador más serio de su promoción. Otros vivían aquí desde tiempo antes y aquí adquirieron su estatura y hasta su bando, como le ocurrió a Bartolomé Mitre, que salió en 1838 de Montevideo en "soldado de las Leyes" del Presidente Oribe y volvió poco después en el séquito intelectual del vencedor Rivera. Y no sería justo omitir a Carlos

BUENOS AIRES, REFUGIO Y ESCENARIO

Así como Montevideo albergó a tantos argentinos durante la tercera, cuarta y quinta década del siglo, Buenos Aires se convirtió, tras ese período, en el segundo centro en importancia de la actividad cultural de los uruguayos. Los motivos de su atracción variaron con el tiempo pero su firmeza y su poder de magnetismo, no.

Un precursor de este desplazamiento fue Marcos Sastre, el fundador del "Salón Literario" de 1837, librero, educador, autor de *EL TEMPE ARGENTINO*. Pero, a lo largo del siglo XIX, fueron sobre todo las borrascas políticas del país y en algunos casos desencantos sin vuelta respecto a las posibilidades de trabajo y lucha en la propia tierra, los que empujaron la emigración oriental. Juan Carlos Gómez, entre 1859 y el 1884 de su muerte, y Andrés Lamas, entre 1863 y 1891, en que se cierra la curva de su vida, se integraron "par droit de naissance" a la élite intelectual y política porteña. El primero representa también —junto con el penumbroso bohemio Matías Behety (1849-1885)— la importante aportación uruguaya a la agresiva prensa liberal de Buenos Aires, que tuvo sus exponentes más típicos en *LA TRIBUNA* y *EL NACIONAL* de aquellas décadas. Behety es también uno de los románticos tardíos que se incorporaron a las letras argentinas; los otros, casi todos centenarios, fueron Antonio Lambertini, Lapuente, Heraclio Fajardo, Arreguine, Victoriano Montes, Santiago Maciel, Rafael Fraguero. La victoria de Flores en 1865 decidió el casi completo curso porteño de la vida de Clemente Freyre, uno de nuestros historiadores de obra fundamental y entre 1858 y 1904, en Buenos Aires se congregaron regularmente los "comités revolucionarios" que planeaban y financiaban las revanchas políticas, lo que quiere decir también ocios inquietos que muchos descargaron en la pluma.

Los choques del militarismo y el civilismo en el último cuarto del siglo provocaron dos exilios porteños, breve uno, prolongado el otro, de considerables consecuencias literarias. Entre 1885 y 1888, Zorrilla de San Martín, adversario del presidente Santos, compuso su *TABARE* y dio versiones fragmentarias de él. Entre Buenos Aires, La Plata y Florencio Varela, Eduardo Acevedo Díaz vivió casi todo el último cuarto de siglo, especialmente los períodos presidenciales de Santos y Julio Herrera y Obes. En Buenos Aires aparecieron *ISMAEL*, *GRITO DE GLORIA*, *BRENDA*, *MINES* y sus dos libros de naturaleza histórica. Y también en Dolores y Buenos Aires transcurrieron, salvo breves interregnos uruguayos, desde 1875 a 1910, los años de Agustín de Vedia. Subrayemos: los dos escritores mayores de nuestro siglo XIX encontraron en tierra argentina la pausa necesaria para sus obras de mayor aliento.

Y si refugio fue el hogar porteño para los escritores orientales sacudidos por las inclemencias políticas en el siglo pasado, en el siglo XX brindó Buenos Aires acogida y aliento a una actitud literaria ya "profesional" que no encontraba oportunidades en Montevideo. Esto es especialmente cierto para la actividad teatral, el periodismo no-político y el género del cuento, que las grandes revistas porteñas promovieron a un auge antes desconocido.

El 13 de agosto de 1903 se consagró Sánchez en Buenos Aires con el estreno de *M'Hijo EL DOTOR*; en los siete años que siguieron hasta su muerte Buenos Aires fue más que Montevideo el pedestal de su fama. Pero otros le habían precedido o acompañado seguirían en el afán de triunfar en el mundo porteño de las candilejas: Arósteguy, Nicolás Granada, Alfredo Duhau, Weisbach, Cione, Roberto Tálice, Carlos Mauricio Pacheco, Vicente Martínez Cuatrecasas, Yamandú Rodríguez y muchos otros. Desde 1904 hasta 1918 vivió Javier de Viana en la orilla argentina; allí se sujetó a una coyunda profesional que se traduce en la porción más considerable aunque no la más valiosa de sus cuentos. El caso Quiroga es demasiado conocida: entre 1902 y su muerte transcurrió en Buenos Aires todo el tiempo que no corrió en Misiones y allí también maduró y culminó su arte de cuentista. La lista de los uruguayos que encontraron en los grandes diarios y revistas argentinas sus medios de vida y un alto nivel profesional de auténtica literatura sería inacabable: basten tres nombres importantes: Juan José de Soiza Reilly (1879-1959), Edmundo Montagne (1880-1941) y Augusto Mario Delfino (1906-1961). Y todavía, aunque menos porteños, tampoco deben ser olvidados en este recuento los novelistas que representan hoy la línea viva de nuestra narrativa. En el interior argentino se destiló buena parte de la experiencia fundacional de Felisberto Hernández y en Buenos Aires apareció su primer libro viable, comercialmente hablando. Con Buenos Aires, como buen salteño, se vincula casi enteramente la fecunda carrera literaria de Enrique Amorim y en Buenos Aires, por último, en oscuras tareas de publicidad y noticias transcurrieron los años más formativos de Juan Carlos Onetti. Allí, tras *EL POZO* y hasta el impulso editorial montevidiano de hoy, aparecieron casi todos sus libros y si *TIERRA DE NADIE* y *LA VIDA BREVE* son textos tan porteños como cualquiera de los de Arlt, Mallea o Sábato, es obvio situar a la Santa María mítica de buena parte de su obra junto al Paraná, en el corazón de la gran pampa gringa que la barre con su viento.

Tejedor, a Félix Frías, a José María Cantilo y en especial a Luis Domínguez (el de "Cada comarca en la Tierra...") que siguió a Juan María Gutiérrez en la lista de honores del famoso "Certamen poético" de 1841.

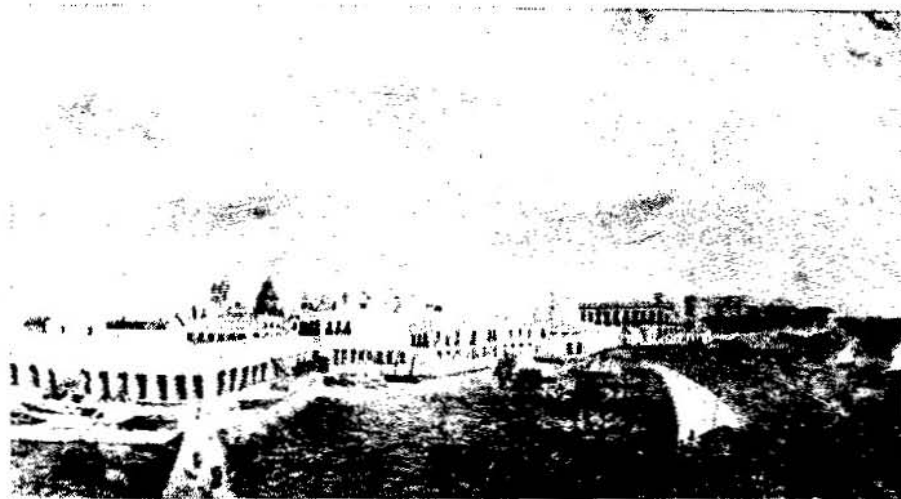
Después de la derrota de Rosas en Caseros, la general firmeza de las posiciones de la "intelligencia" liberal porteña hizo raro el exilio a Montevideo; sólo es importante en el período de las tensiones entre Buenos Aires y la Confederación el bastante dilatado y muy proficuo destierro de Vicente Fidel López. En cambio, si los portavoces del bando derrotado fueron pocos y por lo regular no muy conscientes de la importancia histórica de la causa que les había quedado entre las manos, alguno encontró cálida hospitalidad en esta tierra nuestra, sobre la que no pesaba tanto como sobre la de enfrente un abrupto fallo que dividía a los "buenos" de los "malos", ni tanta distancia entre "vencedores" y "vencidos", ni tan se-

guro diagnóstico sobre lo que en concreto significaban "civilización" y "barbarie". El viejo sueño artiguista y confederal de una unión de los pueblos de la cuenca en relación armónica e igual, libre de hegemonías cercanas o lejanas, latía todavía fuerte por este lado del Plata e integraba, mal que bien, la tradición de una de nuestras grandes corrientes políticas.

Un militante de las huestes federales de López Jordán, prófugo en 1871 y 1872, conoció la solidaridad oriental y sirvió en nuestra prensa. Fue José Hernández, el mayor poeta de toda la historia de la literatura argentina. Se supone que aquí borroneó los primeros versos del "Martín Fierro".

Pero si así se marcó la corriente argentino-uruguaya, inversamente se marcaría la uruguayo-argentina. Buenos Aires, durante toda la segunda mitad del siglo XIX y lo que va del XX, se convirtió, casi sin altibajos, en un hogar mayor de la literatura uruguaya.

Puerto de Montevideo durante la Guerra Grande.





Lautréamont según Doll (1937). No existe ninguna imagen de Lautréamont, pues todas las fotografías que lo representaban se han perdido en circunstancias misteriosas.

Hacia el final de la cuarta década del siglo pasado, una cuantiosa inmigración francesa y, en especial, vasco-francesa, buscó en el Uruguay nuevos horizontes de vida y bienestar. Artesanos y agricultores, sobre todo, pero también pequeños comerciantes, soldados de fortuna, funcionarios: todas las categorías sociales podían registrarse en esa masa que la inminente "guerra grande" desplazaría, en buena parte, de nuestra tierra. Es una historia complicada la de esta colectividad, pero lo que importa ahora señalar es que en este suelo de sangre y tradiciones nacieron dos de los ejemplares más extraños, más fascinantes, de la rica poesía francesa de la segunda mitad del XIX. Y aún habría que agregar a los dos fundamentales, al montevideano-porteño Matías Behety, una voz mucho menor pero también personalidad rica y tenebrosamente atractiva.

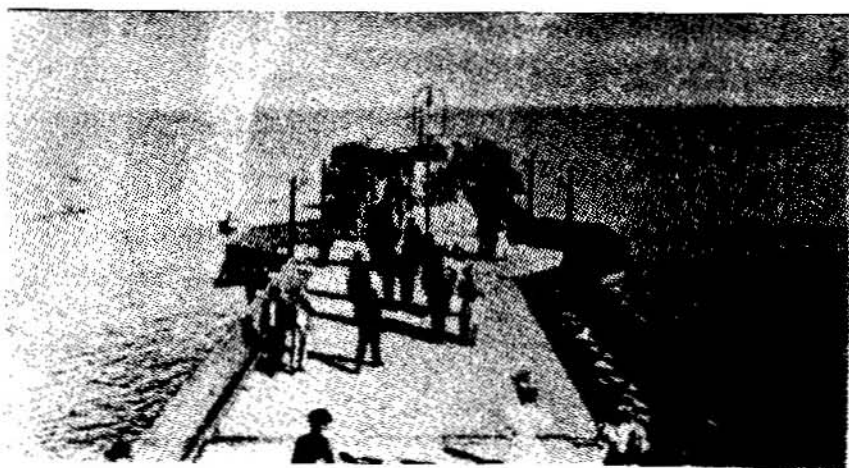
Los ineludibles son, sin embargo, Isidore-Lucien Ducasse y Jules Laforgue.

Isidore-Lucien Ducasse, (falso) Conde de Lautréamont, nació en Montevideo en 1846 y era hijo de un funcionario consular francés. Pasó en nuestra ciudad su infancia y parte de su adolescencia. Más tarde fue enviado a Francia y realizó sus estudios secundarios en el importante liceo de Tarbes, en los Altos-Pirineos. De una corta carrera literaria, segada abruptamente por su muerte en noviembre de 1870, sobrenadan esencialmente los CANTOS DE MALDOROR (1868), un texto esencial de la lírica de su idioma y un punto de referencia ineludible de lo que Carl-Gustav Jung ha llamado "poesía visionaria". La palabra se hace en ella bastón y registro de la aventura del hombre, nuevo Orfeo de un descenso a la noche del horror y del caos. Los signos más externos de la maldición, la rebeldía, las explosiones salvajes, las súbitas fulguraciones, configuran una entidad poética junto a la cual el mismo Baudelaire parece apacible y sólo el otro gran maldito, Jean-Arthur Rimbaud, puede acercarse. Todo esto hace explicable la afirmación de que es difícil trazar el vínculo entre esta poesía y la infancia montevideana, aunque sí, se la puede y se la debe vincular con el dolor del desarraigo, la adolescencia introvertida y solitaria y, en especial, las grandes visiones del largo cruce del Atlántico. La poesía de Lautréamont está obsesionada por la furia salvaje de los grandes mares, en lo que anuncia, dicho sea de paso, uno de los elementos de la lírica de otro gran criollo-francés: Saint-John Perse.

Llegado al mundo también en Montevideo, también un mes de abril, pero catorce años después, en 1860, el curso vital de Jules Laforgue pasa de nuevo misteriosamente sobre la huella de Lautréamont en el Liceo de Tarbes. Como él, desde 1866, fecha de su envío a Francia, pasó Laforgue una niñez y una adolescencia de rígida reclusión académica, como él su existencia se cortó antes de los treinta años, en 1887, a muy corta distancia de la publicación de su libro más importante: IMITATION DE NOTRE DAME DE LA LUNE (1886).

El caso de Jules Supervielle (1884-1960) es diferente. El uruguayo, uno de los grandes de la poesía francesa de este siglo, no se apartó nunca definitivamente de su tierra natal y tanto desde sus primeros poemarios, como en su L'HOMME DE LA PAMPA (1923), las imágenes, el oír, lo sípos y los nombres rioplatenses pueblan su lírica y su teatro. Aquí volvió para refugiarse en los años de "la France malheureuse"; aquí dio el espaldarazo decisivo a la obra hasta entonces desdeñada de Feliberto Hernández y aquí dejó el recuerdo de uno de los seres más visceralmente poéticos que jamás hayan pisado nuestro suelo.

MONTEVIDEO, CUNA DE POETAS



Terraza de los Pocitos a principios de siglo. (Col. Pedro López).

UN DIFÍCIL DESLINDE.

Nos encontremos o no con ese "sello oriental" en las obras que hayamos de tener en cuenta, es indudable que él no nos servirá para levantar el censo de esas obras y sus autores. Con lo que se requiere, y desde ya con toda urgencia, un criterio nítido que nos permita incluir y excluir, fijar nuestra atención o apartarla. Porque ¿qué es la literatura uruguaya? ¿Todos los libros publicados en el Uruguay, desde que éste existe y deberían ser, según una vieja ley en desuso, registrados en la Biblioteca Nacional? ¿Todo lo que produjeron, producen o producirán autores nativa o voluntariamente uruguayos? ¿O acaso lo escrito en el país? ¿O tal vez lo inspirado, lo suscitado en él y a su contacto, lo "temáticamente" nuestro?

Hay, es cierto, un hecho contundente: literatura uruguaya —o literatura en el Uruguay— es la que produjeron las varias generaciones de escritores que nacieron o se radicaron entre nosotros y permanecieron, en lo sustancial y a lo largo de su destino, vinculados física y emocionalmente al país. ¿Claro, verdad? Pero sólo claro si no se toman en cuenta los matices,

si no entramos en la niebla que alrededor de tanta claridad se espesa.

Empecemos con los autores y el lugar de su nacimiento y residencia. Porque están los que sólo se limitaron a nacer en nuestra tierra y luego volaron de ella para siempre o volvieron sólo esporádicamente a ella a atesorar fuerza telúrica, o imágenes, pero cumplieron su carrera lejos del solar. Uruguay fue cuna de poetas y es comprensible que reivindicemos nuestra parte en ellos pero nada sería capaz de hacerlos entrar en la horma —odiosa si así fuera— de una literatura uruguaya. Están también los que vinieron ya formados en otra parte, aunque ninguna personalidad de la estatura de un Bello o un Groussac dejó su huella aquí. Sólo fue considerable la presencia del peruano Juan Parra del Riego (1894-1925) entre los poetas de los años veinte. Y están todavía los que pasaron por nuestras costas y puerto y en ocasiones vagabundearon por el interior. Ningún problema suscitaría la "literatura de viajeros" que tanto valora hoy la historia social estando escrita como lo está en otros idiomas —en inglés sobre todo— y muchísimo menos los tributos más o menos rituales de todo escritor-transeúnte. Esto sea dicho



Había nacido en 1841 cerca de Buenos Aires (en la estancia "Los veinticinco ombúes", pago de Quilmes) y murió en Londres en 1922. En 1874 se fue, para no regresar más, a Inglaterra, la patria de sus padres. Ese casi medio siglo de su vida británica será una melancólica memoria del paraíso perdido, el verde mundo de horizonte inabarcable en que creció y se hizo hombre y donde alcanzó la felicidad de una identificación de hombre primitivo con la naturaleza fragante y poderosa. Gracias a ella Guillermo Enrique Hudson es uno de los más grandes naturalistas y zoólogos empíricos que han existido, pero su categoría de escritor se nutre también de esa experiencia, ganada en una permanente actitud de asombro ante el milagro de lo viviente, de disponibilidad a todas las aventuras, de curiosidad nunca exhausta. Y

aunque sea cierto que el idioma en que se educó y escribió, el inglés, lo pone al margen de la literatura rioplatense, verdad es también que ninguna literatura rioplatense puede, sin injusticia, olvidarlo.

Y si esto rige para la Argentina, tampoco las letras uruguayas escapan a la obligación. Porque Hudson vagó por el interior de nuestro país casi cuatro décadas después que su gran antecesor Charles Darwin; aunque las fechas no están bien precisadas, se supone que ello ocurrió entre 1868 y 1871. Lo que significa que conoció el país en que hubo de alzarse, como una correntada, la "revolución de las lanzas" que comandó Timoteo Aparicio, y fue testigo de aquella última gran expresión de un Uruguay tradicional, capaz de matar y morir, sin un pestaño, por un nimbado lema de libertad, por una vaga noción de derecho, por un quemante rencor

de partido, por un informalizado pero concretísimo modo de vivir. En 1886 Hudson publicó en Londres *THE PURPLE LAND* (LA TIERRA PURPÚREA), un libro que, mucho más que el *TABARE*, de haber sido escrito en nuestro idioma pudo ser la obra por excelencia de los orígenes uruguayos. Hudson, como es fácil comprenderlo, no aspiró al carácter "representativo" ni a la amplitud del género épico; no quiso otra cosa que su libro valiera como entidad imaginaria acaso acentuada, para el lector inglés, por el buscado condimento de "lo pintoresco". Pero, por eso mismo, el "canto llano" del país y de sus cosas corre soterrado bajo la gran aria romántica de los generales, las heroínas, los amantes, y nada de lo literariamente rescatable de aquella "Banda" nuestra deja de ser asumido en "La tierra purpúrea", y de este modo también salvado.

mo publicado en el folleto de Ascasubi,
1", Montevideo, 1848.

EL PEREGRINO APASIONADO

William Henry Hudson.



sin olvidar esas ojeadas sin reemplazo que son el *Lazarillo de ciegos caminantes* (1773), o la Carta de Sarmiento sobre Montevideo en 1846.

Dos nombres sólo aparejan de por sí un problema. Uno es de un español: Rafael Barrer. Cierta es que poco vivió entre nosotros pero sus artículos en *La Razón*, las *Moralidades* que comentó Rodó, dejaron honda huella en toda una generación de periodistas. Más tarde se fue al Paraguay; desde allí denunció las monstruosidades de la explotación en los obrajes. Allí se casó y dejó su familia. Pero ¿puede ser excluido de nuestro Novecientos? El otro es inglés: Hudson. Vale la pena tenerlo en cuenta.

Atendemos ahora al lugar de publicación de los libros. Durante muchas décadas editar un volumen en una capital sudamericana era condenarlo a una vida opresivamente municipal y si se quería para la obra un escenario más amplio, ejemplar por ejemplar, cartas y dedicatorias fervorosas mediante, el desgraciado autor tenía que promocionar —usemos el penoso neologismo— su difusión extranjera. José Enrique Rodó, según lo testimonia su archivo, tuvo que aplicarse a esos menesteres. Además, como es natural, el trabajo tipográfico era malo y muchos que estuvieron en el caso de hacerlo decidieron lo que Ascasubi cuando en 1872 —el año del desharrapado Martín Fierro— recurrió al lujo impresor de Paul Dupont, París, Francia. Sólo fue, sin embargo, desde fines del siglo pasado, que las editoriales de París y de Madrid se convirtieron en el instrumento imprescindible para quien buscara alcance internacional para sus libros. Esto, pongamos ejemplos nativos, no sólo rigió para los acaudalados, caso de Carlos Reyles, sino también para los que no lo eran, como ocurrió con Rodó, que sólo alcanzó una real circulación americana a través de las casas de edición españolas. Y la situación no se alteraría hasta poco antes de la sublevación española de 1936; los grandes novelistas americanos de aquella generación —José Eustasio Rivera, Gallegos, Martín Luis Guzmán— llegaron al conocimiento del lector latinoamericano por medio del sello español. Buenos Aires con crecida cuota, México mucho más débilmente y las editoriales creadas por los hombres del exilio dieron bastante pie de imprenta a un núcleo relativamente importante de la década del cuarenta. Ya muchos no se resignaban a la heroica difusión manual que practicaban, impetritos, algunos poetas mayores, y aun proseguía, y prosiguió mucho tiempo, la atonía editorial del Uruguay. Cuando ésta se rompa —y ya se está rompiendo— no faltará el acogimiento extranjero para casi todos nuestros escritores realmente considerables. Pero ya no se tratará

de una "literatura inmigratoria" que busca en otro suelo lo que no consigue en el suyo, sino de una efectiva integración latinoamericana en la que la literatura parece estar bastante más avanzada que cualquier otra actividad y cuya función desencadenante, al servicio de una visión y una emoción deconstructoras de la unidad perdida, han de servir de acicate a la gran tarea de la liberación. Alguna vez tendrá que ser aquilatado, en este sentido, su enorme alcance ya sospechable.

COMIENZO Y FIN DE UN PERIODO.

Estamos considerando los problemas característicos de los primeros tramos de una literatura. La sinopsis que culmina este capítulo permite visualizar parte del recorrido pero hay que fijar preliminarmente sus extremos razonables.

Difícil es siempre saber cuándo comienza una literatura y la uruguaya no escapa a esta ley.

Si a testimonios conocidos nos atenemos, tendríamos que tomar como punto de partida la carta de D. Juan Manuel Pérez Castellano, de 1787, sobre "los progresos de Montevideo". Si a textos inmediatamente difundidos, las hojas en que la Imprenta de los Niños Expósitos imprimió en Buenos Aires y en 1807 el poema de José Prego de Oliver *A la gloriosa memoria del teniente de Fragata D. Agustín Abreu*. Si exigimos que el pie de imprenta sea oriental, tenemos que dejar correr cuatro años más y llegar a ese 1811 y a dos hojas en que con tipos de la *Gaceta*, de Fray Cirilo, se editó el poema de Francisco Acuña de Figueroa a la victoria española sobre el ejército de Massena. Si con un criterio valorativo y de contenido buscásemos para comienzo palabra criolla, palabra operante —aunque sólo más tarde recogida en letras de molde— nadie puede disputarle ese honor a una décima de Eusebio Valdenegro, o a la *Marcha nacional oriental* y los discutidos "cielitos" de Bartolomé Hidalgo, de ese mismo

Juan Zorrilla de San Martín.



1811. Y si a un libro, material, corpóreo que-remos aferrarnos, tenemos que aguardar has-ta 1835 en que Manuel Araucho publicó **Un paso en el Pindo** y Luciano Lira hospedó en **El Parnaso Oriental** todo el material rimado que en los albores de la nueva nación pudo llegarle a las manos.

Mucho más claro se nos marca el epílogo. Si cerramos esta primera sinopsis en 1918 es por muchas y acumulativas razones. Entre 1915 y 1920 emerge en el Uruguay una nueva gene-ración literaria de indiscutible individualiza-ción. Es la que formaron Juana de Ibarbourou, Sábato Erasty, Emilio Oribe, Zum Felde, Zavala Muniz, Bellán, Silva Valdés y otros. Con cierto valor simbólico de fin de época, en 1917 mu-rieron Rodó y también Ernesto Herrera. Entre 1917 y 1920 aparecieron libros definitorios de la nueva camada: **Panteas**, de Sábato Erasty, **El diván y el espejo** de Basilio Maglió, **Las len-guas de diamante** de la Ibarbourou, **El halco-nero astral** de Oribe. En 1918 "estalla la paz"

pero ya, y sin esperar a las instancias finales de la primera guerra mundial, a lo ancho de América y del mundo había empezado a cam-biar el aire y el tono de las cosas. En 1917 Vladimir Ilich Lenin toma el poder en el viejo imperio deshecho y con los "catorce puntos" del presidente Wilson y la entrada de su país en la guerra se abre la vía al ingreso de los Estados Unidos al sueño del dominio mundial. Entre esos dos dientes sigue todavía siendo molido el grano de la historia. Y en Latinoamé-rica, el manifiesto cordobés por la "reforma universitaria", de 1918, inicia un movimiento que no cesará hasta hoy y que, más allá del or-den concreto de la enseñanza, se hará insepa-ble de la dinámica social del continente y de sus alternativas más dramáticas. En el Uruguay, teatro menor pero, al fin, nuestro, se promulga la segunda Constitución y se inicia una expe-riencia que nos daría rasgos peculiares en el panorama de América y motivos nacionales de orgullo.

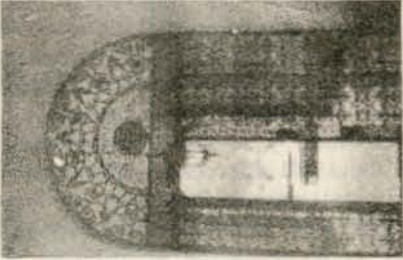
Puente del Prado a principios de siglo.



DE LOS ORIGENES AL NOVECIENTOS

Hechos históricos y culturales	Poesía	Literatura dramática	Narrativa	Crítica, Ensayo, Historia, Crónica
Del Siglo XVIII al XIX - La Gubernación: 1787 - 1811				
1806-1807: Invasiones inglesas. 1808: Ruptura con Buenos Aires y Cabildo Abierto (21-9) 1810: Revolución de Mayo (25-5). —Influencia del neoclasicismo... español. —Enseñanza del Convento de San Bernardino.	JOSE PREGO DE OLIVER (1750-1814): A la muerte de Agustín Abreu (1807), Oda a Liniers (1807) a Montevideo, etc.	P. JUAN FRANCISCO MARTINEZ: La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada (1806)		JOSE MANUEL PEREZ CASTELLANO (1743-1814) Carta sobre los progresos de Montevideo (1787), Memoria sobre los sucesos de 1806, Observaciones sobre la agricultura, etc.

Siglo XIX - La Revolución: y los Clasicistas 1811 - 1838

1811: La revolución oriental. El levantamiento de los campos. 1814: Caída de Montevideo. 1815: Gobierno patrio. 1817: Entrada de Lecor en Montevideo. 1825: Desembarco de la Agraciada. 1828: La convención preliminar de Paz. 1830: Jura de la Constitución. —Persistencia y culminación del neoclasicismo. —Primeras expresiones de lo "gauchesco".	DAMASO ANTONIO LARRAÑAGA (1781-1848): Fábulas americanas (1826). EUSEBIO VALDENEGRO (1781-1818): Décimas y canciones. BARTOLOME HIDALGO (1788-1823): Los cielfitos, la Marcha oriental (1811), Diálogos. FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA (1791-1862): El Himno Nacional, Los toraídas, La Malamburada, el Mosaico poético (1857), etc. BERNARDO PRUDENCIO BERRO (1803-1868): Epístola a Doricío (1832), A la Providencia, Epístola sobre la excelencia del amor, etc. Y PETRONA ROSENDE, FRANCISCO Y MANUEL ARAUCHO, CARLOS VILLADEMOROS.			DAMASO A. LARRAÑAGA: Viaje de Montevideo a Paysandú (1815). Oración inaugural de la Biblioteca (1816), etc. Fray JOSE BENITO LAMAS (1787-1857): Sermones; Discurso inaugural de la cátedra de Filosofía (1833), etc. Los secretarías de Artigas: JOSE BENITO MONTERROSO (1780-1838), MIGUEL BARREIRO (1789-1848), etc. Los letrados de la nación constituida: LUCAS OBES (1780-1837), SANTIAGO VAZQUEZ (1787-1847), JOSE ELLAURI (1789-1868), etc.
--	--	--	--	--

Siglo XIX - El Primer Romanticismo 1938 - 1968

EL PRIMER ROMANTICISMO (1838-1868)	MELCHOR PACHECO Y OBRES (1809-1855)	FRANCISCO X. de ACHA (1823-1888): Una víctima de Rosas (1845). PEDRO P. BERMUDEZ (1816-1860): El charrúa (1853). HERACLIO FAJARDO (1833-1868): Camila O'Gorman (1856).	ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES: Caramurú (1850), etc. MANUEL LUCIANO ACOSTA: La guerra civil entre los incas (1861), Un matrimonio de rebote (1862), etc.	BERNARDO BERRO: Catecismo de la doctrina puritana: ideas de fusión (1855), etc. ANDRES LAMAS (1817-1891): Prospecto de El Iniciador (1838); Las agresiones de Rosas (1845); Manifiesto a sus compatriotas (1855), etc. JUAN CARLOS GOMEZ: Campañas periodísticas en el Río de la Plata (1853-1879). ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES: Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata (1854), etc.
1838: Triunfo de Rivera. 1843-1851: "Sitio Grande" de Montevideo, la "Defensa" y las intervenciones extranjeras. 1858: Represión de Quinteros. 1861-1864: Gobierno de Berro. 1863-1865: Invasión y triunfo de Venancio Flores. 1868: Muerte de Flores y de Don Bernardo P. Berro (19-2). 1849: Instalación e inauguración de la Universidad. —Irrupción y triunfo del Romanticismo.	ADOLFO BERRO (1819-1841): Poemas (1842). JUAN CARLOS GOMEZ (1820-1884): La libertad, etc. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES (1825-1893): Celloar (1852), Palmas y ombúes (1884), etc. Y FRANCISCO X. de ACHA, RAMON de SANTIAGO, HERACLIO FAJARDO, EDUARDO GORDON.			

Siglo XIX - Realismo, Romanticismo y Lucha Ideológica 1868 - 1898

1870-1871: La "revolución de las lanzas". 1879-1885: Leyes laicistas (registro civil, matrimonio, etc.) y reforma escolar. 1872-1873: Los "principistas" en el poder. 1875: Motín militar del 15 de enero. 1876-1886: Década de gobiernos militares: Latorre, Santos. 1886: Revolución del Quebracho y "Conciliación". 1890: Julio Herrera y Obes: el "civilismo" en el poder. 1895-1897: reorganización del Partido Nacional y revolución contra Idiarte Borda. 1898: Golpe de Estado de Cuestas. —Supervivencia del romanticismo (influencia dominante de	AURELIO BERRO (1834-1911): Al monumento de la Florida (1879); A Rivadavia, etc. JOSE SIENRA Y CARRANZA (1843-1925): A una paraguayana, etc. RAFAEL FRAGUERO (1854-1912): Recuerdos viejos (1887), etc. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN (1855-1931): Notas de un himno (1877). La leyenda patria (1879). Tabaré (1888). JOSE G. del BUSTO (1858-1904): Canto a Béquer (1880), Canto a Colón (1886), etc. CARLOS ROXLO (1861-1926): Andrésillo; Canto de la tierra (1902), Luces y sombras (1905), La flor de ceibo (1910), etc. Y WASHINGTON BERMUDEZ,	SAMUEL BLIXEN (1867-1909): Un cuento del tío Marcelo (1891), Ajena (1898), Primavera (1896), etc. Iniciación del teatro gaucho: O. MORATORIO, FERNANDEZ Y MEDINA, VICTOR PEREZ PETIT, ELIAS REGULES, ABDON AROSTEGUY.	CARLOS MARIA RAMIREZ (1848-1898): Los palmares (1871), Los amores de Marta (1874). DANIEL MUÑOZ (1849-1930): Cristina (1885). EDUARDO ACEVEDO DIAZ (1851-1921): Brenda (1884), Ismael (1888), Nativa (1890), Grito de Gloria (1893), Soledad (1894), Lanza y sable (1914), etc. SANTIAGO MACIEL (1865-1931): Nativos (1901). MANUEL BERNARDEZ (1867-1942): El velorio vacuno, El desquite. DOMINGO ARENA (1870-1939): El burro de oro, Cuadros criollos. BENJAMIN FERNANDEZ Y MEDINA (1873-1960): Cuentos del pago (1893), etc.	JOSE PEDRO VARELA (1845-1879): La educación del pueblo (1874), La legislación escolar (1879). ANGEL FLORO COSTA (1838-1906): Nirvana (1880), etc. CARLOS MARIA RAMIREZ: La guerra civil y los partidos (1871), Artigas (1884), etc. FRANCISCO BAUZA (1849-1899): Historia de la dominación española en el Uruguay (1882), Estudios Literarios (1885), etc. LUIS MELIAN LAFINUR (1850-1939): Las mujeres de Shakespeare (1884), Semblanzas del pasado (1915), La acción funesta de los partidos tradicionales (1918), etc.
--	--	---	---	--



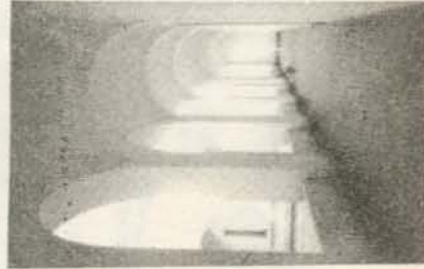
Hechos históricos y culturales	Poesía	Literatura dramática	Narrativa	Crítica, Ensayo, Historia, Crónica
G. A. Bécquer) e irrupción del realismo literario. Ingreso de las corrientes positivistas, evolucionistas y cientistas en lucha con los espiritualismos tradicional y liberal. —Importancia cultural de la Universidad ("vieja"). —Desarrollo de las sociedades universitarias y hegemonía cultural del Ateneo del Uruguay (1880-1900).	VICTORIANO MONTES, JOAQUIN DE SALTERAIN, RICARDO SANCHEZ, SANTIAGO MACIEL, VICTOR ARREGUINE, BENJAMIN FERNANDEZ Y MEDINA. ANTONIO LUSSICH (1848-1928): Los tres gauchos orientales y El matrero Luciano Santos (1872). ELIAS REGULES (1861-1929): Versitos criollos (1894). Y OROSMAN MORATORIO, ALCIDES DE MARIA, etc.		VICTOR ARREGUINE (1963-1924): Lanzas y potros (1913).	ISIDORO DE MARIA (1815-1906): Montevideo Antiguo (1887-1895), etc. DANIEL MUÑOZ Artículos de "Sansón Carrasco" (1884). SAMUEL BLIXEN Cobre viejo (1890), etc. TEOFILO DIAZ ("Tax") (1853-1918): Entreactos de la vida oficial (1893), Regionales (1902), etc. Y GREGORIO PEREZ GOMAR, JULIO HERRERA Y OBES, JUAN CARLOS BLANCO, MARIANO SOLER, JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA, AGUSTIN DE VEDIA, FRANCISCO BERRA, ANTONIO DIAZ (h), CLEMENTE FREGEIRO, etc.
Siglo XX - El Novecientos 1898 - 1918				
1903: Elección presidencial de Batlle y Ordóñez. 1904: Revolución saravista. 1911: Segundo período presidencial de Batlle. 1913: "Los apuntes" de Batlle sobre el gobierno colegiado. 1914-1918: Primera guerra mundial. 1908: Primer Congreso de Estudiantes Americanos en Montevideo. 1908: Reforma Universitaria de Eduardo Acevedo. —Irrupción del simbolismo, el parnasianismo, el decadentismo y el naturalismo europeos en su versión francesa. Afirmación de la preocupación "americanis-	JULIO HERRERA Y REISSIG (1875-1910): Los parques abandonados (1902-1908). Los éxtasis de la montaña (1904-1907). Sonetos vascos (1908). La clepsidras y La torre de las esfinges (1909), etc. ROBERTO DE LAS CARRERAS (1873-1963): Sueño de Oriente (1900). Amor libre (1902). Psalmo a Venus Cavalieri (1905), etc. MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA (1875-1924): La isla de los cánticos (1925). DELMIRA AGUSTINI (1886-1914): El libro blanco (1907). Los cantos de la mañana (1910),	FLORENCIO SANCHEZ (1875-1910): M'hijo el doctor (1903), La gringa (1904), Los muertos (1905). En familia (1905). Barranca abajo (1905), etc. ERNESTO HERRERA (1869-1917): El león ciego, La moral de misa Paca (1911), etc.	JAVIER DE VIANA (1868-1926): Campo (1896), Gaucha (1899), Gurí (1901), etc. CARLOS REYLES (1868-1938): Beba (1894), Las Academias (1896-98), La raza de Caín (1900), El terruño (1916), El embrujo de Sevilla (1922), etc. HORACIO QUIROGA (1878-1937): Los arrecifes de coral (1901), Cuentos de amor, de locura y de muerte (1917), Los desterrados (1926), etc. ERNESTO HERRERA: Su majestad el hambre (1910). VICTOR PEREZ PETIT (1871-1947): Gil (1905), Entre los pastos (1920), etc.	JOSE ENRIQUE RODO (1871-1917): El que vendrá (1897), Rubén Darío (1899), Ariel (1900), Liberalismo y jacobinismo (1906), Motivos de Práteo (1909), El mirador de Próspero (1913), etc. VICTOR PEREZ PETIT: Los modernistas (1903), etc. CARLOS VAZ FERREIRA (1872-1958): Los problemas de la libertad (1907), Conocimiento y acción (1908), Moral para intelectuales (1909), Lógica viva (1910), Fermentario (1935), etc. CARLOS ROXLO: Historia crítica de la literatura Uruguaya (1912-1916), etc.

ta" y del "criollismo" y "mundo-novismo" literarios.
Reacción "idealista" en filosofía: crisis del positivismo y de la "religión de la ciencia, Boga de la rebeldía acrática: bohemia y dandysmo. Los cenáculos y las "peñas". Presencia del socialismo marxista. Afirmación nacionalista y cuestiones de límites (1908-1912).

Los cálices vacíos (1913), etc.
ROBERTO SIENRA (1873-1962):
Naderías (1911), Hurrañas (1918), etc.
ALVARO ARMANDO VASSEUR (1878):
Cantos augurales (1904), Cantos del nuevo mundo (1907), Cantos del otro yo (1909), Cantos del nuevo mundo (1912), etc.
JOSE ALONSO Y TRELLES ("El Viejo Pancho") (1857-1924):
Paja brava (1916).
Y EMILIO FRUGONI, PABLO MINELLI, GONZALEZ, JUAN J. YLLA-MORENO, ANGEL FALCO, OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

OTTO MIGUEL CIONE (1875-1946):
Lauracha (1906), etc.
MATEO MAGARINOS SOLSONA (1876-1921):
Las hermanas Flammari (1813), Valmar (1896), Pasar... (1920).

RAFAEL BARRET (1877-1910):
Moralidades (1908-1910), etc.
CARLOS REYLES:
La muerte del cine (1910),
Diálogos Olímpicos (1918), etc.
ROBERTO SIENRA
La dama de San Juan (1913),
Stechetti-Tax (1923).
PEDRO FIGARI (1861-1938):
La pena de muerte (1903),
Artes, estética, ideal (1912-1920), etc.
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN
Conferencias y discursos (1905),
La epopeya de Artigas (1910),
El sermón de la Paz (1924),
El libro de Ruth (1928), etc.
ALBERTO NIN FRIAS
(1882-1937):
Ensayos de crítica e historia (1902), Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica (1904), etc.
EDUARDO ACEVEDO
(1857-1948):
Artigas (1909); Anales históricos (1916-1926), etc.
LUIS ALBERTO DE HERRERA
(1873-1959):
La tierra charrúa (1901),
La Revolución Francesa y Sud América (1910), El Uruguay internacional (1912), etc.
DOMINGO ARENA:
Divorcio y matrimonio (1912),
Batlle (1930).
Y CESAR Y HECTOR MIRANDA,
HUGO BARBAGELATA, RAUL MONTERO BUSTAMANTE,
OSVALDO CRISPO ACOSTA ("Lauzar").



Portada: Fotografía de Maria Persichetti.



Español de Montevideo, Dom Pernetty, 1764.



Siglo XX - El Montevideo 1890 - 1918

En *CAPITULO ORIENTAL*

Nº 2.

LOS CONTEMPORANEOS

y junto con el fascículo, el libro
LA NOVIA ROBADA
Y OTROS CUENTOS,
de Juan Carlos Onetti

- TIBIA ARCADÍA Y DESPUES.
- CONTORNO Y DESTINO.
- CONTEMPORANEOS Y COETANEOS.
- EL POETA NO VIENE.
- LAS ARMAS Y LAS LETRAS.
- EL INVIERNO DE NUESTRO DESCONTENTO.
- LA RESTAURACION REVISIONISTA.
- CRITICA Y BELIGERANCIA.
- UNA GENERACION CON PUBLICO.



Juan Manuel Blanes: Batalla de las Piedras (fragmento). Museo Nacional de Bellas Artes.

Este fascículo, con el libro

LA PATRIA VIEJA (antología de Eduardo Acevedo Díaz)

constituye la entrega N.º 1 de CAPITULO ORIENTAL

Precio del

fascículo

más el libro: \$ 100.-

Entrega	Fascículo	Libro
Introducción		
1	De los orígenes al Novecientos.	La patria vieja - Antología de Eduardo Acevedo Díaz.
2	Los contemporáneos.	La novia robada y otros cuentos - Juan C. Onetti.
3	Sociedad y literatura en el presente: el "boom" editorial.	Montevideanos - Mario Benedetti.
Desarrollo		
4	La Colonia y la Patria Vieja: actores y testigos.	El país de los orientales - Antología.
5	Los clásicos y los románticos.	De las "Torcidas" al "Tabaré" - Antología.
6	Acevedo Díaz y los orígenes de la narrativa.	Ismael - E. Acevedo Díaz.
7	Zorrilla de San Martín: vida y obra.	Selección de prosa - Zorrilla de San Martín.
8	Las "grandes ideas" y los "grandes debates".	La lucha por las ideas - Antología.
9	Prosa del mirar y del vivir.	El tiempo viejo: cronistas y memorialistas.
10	La poesía gauchesca, de Hidalgo al Viejo Pancho.	Antología de la poesía gauchesca.
11	El aura del Novecientos.	El Novecientos - Antología.
12	Rodó y el arielismo.	El Camino de Paros - Rodó.
13	Herrera y Reissig - El modernismo.	Julio Herrera y Reissig - Antología.
14	Las poetisas del Novecientos: Delmira y María Eugenia.	Los cálices vacíos - Delmira Agustini.
15	Florencio Sánchez - El teatro nacional.	La isla de los cánticos - María Eugenia Vaz Ferreira.
16	Los narradores del Novecientos: Carlos Reyles.	a elegir.
17	Horacio Quiroga - Vida y obra.	
18	Javier de Viana - Del gaucho al paisano.	
19	La narración y el teatro en los años veinte.	
20	Juana de Ibarbourou - Vida y obra.	
21	Los poetas del veinte.	
22	La crítica y el ensayo.	
23	Poesía y campo: del nativismo a la protesta.	
24	La poesía después del centenario.	
25	Cuentos de campos y pueblos: Juan José Morosoli.	
26	Paco Espínola - Vida y obra.	

La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA



FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

27. Enrique Amorim. - 28 Onetti o el descubrimiento de la ciudad. - 29. Felisberto Hernández y la literatura fantástica. 30. El humorismo y la crónica. 31. La generación del 45. - 32. El teatro actual. - 33. La poesía del 45. - 34. Los novelistas del 45. - 35. Los cuentistas del 45. - 36. El Uruguay como reflexión. - 37. Los nuevos. - 38. Índice general.

Copyright. - 1968 Centro Editor de América Latina, Plaza Independencia 1374, Montevideo.
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, en marzo de 1968.
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.949.